

XXX.—Última razon de Melancton mas débil que todas las precedentes.

Melancton alegaba tambien otra razon mas endeble que las precedentes. Decia que Jesucristo no queria estar ligado, y que ligarle al pan fuera del uso, era privarle de la libertad. ¿Cómo se puede pensar una cosa como esta, y decir que se destruye la libertad de Jesucristo por un vínculo que procede de su eleccion? Su palabra le liga sin duda, porque el Señor es fiel y veraz, pero este vínculo es tan voluntario como inviolable.

XXXI.—La verdadera razon de Melancton era que no podia separar la misa de la presencia real, si se la reconocia permanente: palabras de Lutero.

Esto es lo que oponia la razon humana al misterio de Jesucristo; vanas sutilezas, puros sofismas: ni tampoco era esto lo sustancial del asunto. La verdadera razon de Melancton era que no podia menos de admitir que Jesucristo puesto en la sagrada mesa antes de la recepcion, y solo por la consagracion del pan y del vino, era una cosa por sí misma agradable á Dios, que atestiguaba su grandeza suprema, intercedia por los hombres, y tenia todas las condiciones de una verdadera oblacion. Siendo esto así, la misa subsistia, y no se la podia suprimir sin negar la presencia del Señor fuera del acto de recibirle. Por lo mismo, cuando supo Lutero que Melancton habia negado resueltamente esta presencia en la conferencia de Ratisbona, exclamó, segun refiere Hospiniano: «Ánimo, mi querido Melancton, de esta vez va abajo la misa. Tú has arruinado el misterio al cual yo habia acometido en vano.» Así, segun confiesan los Protestantes, permaneció firme el sacrificio de la Eucaristía, mientras se admitió en estas palabras, *Este es mi cuerpo*, una eficacia presente; y para abolir la misa fue necesario suspender el efecto de las palabras de Jesucristo, quitarles su sentido natural, y mudar *Este es* en *Este será*.

XXXII.—Disimulo de Melancton. Cartas memorables de Lutero sobre la presencia permanente.

Aunque Lutero dejaba decir á Melancton todo cuanto queria contra la misa, no abandonaba sus antiguos sentimientos, ni reducía á

<sup>1</sup> Mel. ep. sup. cit. Hosp. part. II, 181, etc.; Joan. Sturm, Antid. 4, part. IV. — <sup>2</sup> Hosp. p. 180.

la sola recepcion de la Eucaristía el uso durante el cual estaba allí presente Jesucristo; y aun se ve que Melancton le hablaba sobre este punto con mil rodeos; pues hay dos cartas de Lutero escritas el año de 1543 en que elogia el dicho siguiente de Melancton: *La presencia está en la accion de la Cena, pero no en un punto preciso ni matemático*<sup>1</sup>. Lutero por su parte determinaba el tiempo despues del *Pater noster*, que se decia en la misa luterana inmediatamente despues de la consagracion, hasta que todo el mundo hubiese comulgado, y se hubiesen consumido los restos. ¿Y por qué solo permanecia el Señor hasta entonces en el Sacramento? Si se hubiera llevado al instante la Comunión á los ausentes, como refiere san Justino que se hacia en su tiempo<sup>2</sup>, ¿qué razon hubiera habido para decir que el Señor habia retirado su santa presencia? Mas ¿por qué no la habia de continuar algunos dias despues cuando se reservase el santísimo Sacramento para el uso de los enfermos? Solo por un puró capricho se intentaria retirar en este caso la presencia de Jesucristo; ni tampoco Lutero y los Luteranos tenian regla ninguna para determinar el tiempo de la presencia del Señor en el uso del Sacramento, por corto que fuese, fuera de la recepcion actual; pero lo peor para ellos era que la misa y la oblacion subsistian siempre, y aunque no hubiera estado presente el Señor mas que un solo momento antes de la Comunión, esta presencia de Jesucristo no podia verse defraudada de las ventajas que la acompañaban. Por eso Melancton tendia siempre, dijese Lutero, lo que dijese, á no establecer la presencia sino en el tiempo preciso de la recepcion, y no veia otro medio de echar abajo la oblacion y la misa.

XXXIII.—La elevacion irreprochable segun la opinion de Lutero.

Tampoco habia otro de echar abajo la elevacion y la adoracion. Hemos visto que al suprimir la elevacion, Lutero, bien distante de reprobarla, la habia apoyado en el fondo. Repetirémos sus palabras: «Se puede, dice, conservar la elevacion como un testimonio de la presencia real y corporal, porque hacerla es decir al pueblo: «Ved, cristianos; este es el cuerpo de Jesucristo que fue entregado por nosotros<sup>3</sup>.» Esto escribia Lutero despues de haber suprimido la elevacion. Pues ¿por qué la suprimió? se nos dirá. La razon es

<sup>1</sup> T. IV, Jen. p. 585, 586, et ap. Coelest. — <sup>2</sup> Just. Apol. n. 63 et 67. — <sup>3</sup> Sleid. n. 24, Parv. Conf.

digna de él, y él mismo nos la manifiesta, diciendo, «que si había «impugnado la elevacion, era en despecho del Papado; y si la había conservado por tanto tiempo, era en despecho de Carlostadio.» En una palabra, concluía: «se debía conservar hasta que se la desechase como impía, y se la debía desechar hasta que se mandase como necesaria.» Pero en el fondo reconocía lo que en efecto era indudable, que no podía haber ningun inconveniente en mostrar al pueblo el cuerpo del Señor desde que empezaba á estar presente.

XXXIV.— *La adoracion, necesaria; así lo confiesa formalmente Lutero, despues de muchas variaciones.*

Por lo que hace á la adoracion, despues de haberla tenido unas veces por indiferente, y de haberla establecido otras como necesaria, se adhirió, finalmente, á este último partido<sup>2</sup>; y en las Tesis que publicó contra los doctores de Lovaina el año de 1545, esto es, un año antes de morir, llama á la Eucaristía *Sacramento adorable*<sup>3</sup>. El partido sacramentario, que se había regocijado tanto cuando había quitado la elevacion, se consternó, y Calvino escribió que con esta decision *había elevado el idolo en el templo de Dios*<sup>4</sup>.

XXXV.— *Los teólogos de Vitemberg y de Leipsic reconocen con Melancton que no se puede evitar el sacrificio, la transustanciacion, y la adoracion, sino cambiando la doctrina de Lutero.*

Melancton conoció entonces mejor que nunca, que no podía conseguir el destruir ni la adoracion ni la misa, sin reducir toda la presencia real al momento preciso de la recepcion. También conoció que era necesario avanzar mas, y que era preciso admitir, uno en pos de otro, todos los puntos de la doctrina católica sobre la Eucaristía, si no se encontraba un medio de separar el cuerpo y la sangre del pan y del vino. El medio era valerse del principio que le hemos visto asentar, de que nada se hacia respecto del pan y del vino, sino que todo se hacia con relacion al hombre: de modo que solamente en el hombre se hallaba, en efecto, el cuerpo y la sangre. Cómo se verificaba esto, segun Melancton, jamás lo explicó; mas por lo que hace á lo esencial de esta doctrina, no cesaba de insinuarlo con gran secreto, y lo mas diestramente que podía. Porque mientras vivió Lutero, no tenía ninguna esperanza de doblarle so-

<sup>1</sup> S. n. 24, Parv. Conf. — <sup>2</sup> Hosp. 14. — <sup>3</sup> Ad art. Lov. Thes. 16, t. II, 301. — <sup>4</sup> Ep. ad Buc. p. 108.

bre este punto, ni poder decir con libertad lo que pensaba en la materia. Pero Melancton imbuyó de tal manera esta doctrina en el ánimo de los teólogos de Vitemberg y de Leipsic, que despues de la muerte de Lutero y de la suya se explicaron claramente en este sentido en una reunion que tuvieron en Dresde por orden del Elector, el año de 1561. No temieron rechazar en esta reunion la propia doctrina de Lutero, y la presencia real que admitia en el pan; y no viendo otro medio para defenderse de la transustanciacion, de la adoracion y del sacrificio, se limitaban á la presencia real que habían aprendido de Melancton, no en el pan y en el vino, sino en el fiel que los recibia. Declararon, pues, «que en la Cena se daba «verdadera y sustancialmente el verdadero cuerpo sustancial, sin «que por eso fuese necesario decir que el pan fuese el cuerpo esencial, ó el propio cuerpo de Jesucristo; ni que se tomaba corporalmente y carnalmente por la boca corporal: Que la ubicuidad les causaba horror: Que era muy de extrañar el empeño de que el cuerpo está presente en el pan, pues era mucho mejor considerar lo que sucede en el hombre, para quien, y no para el pan, se había presente Jesucristo.» En seguida se explicaban acerca de la adoracion, defendiendo que no se la podía negar si se admitia la presencia real en el pan, aunque se admitiese que el cuerpo está allí presente solamente en el uso: «Que los monjes siempre tendrían razon en pedir al Padre eterno que los oyese por su Hijo, que le presentaban en esta accion: Que habiendo sido instituida la Cena para acordarse de Jesucristo, como no se le podía recibir, ni acordarse de él sin creer en él, y sin invocarle, no se podía impedir dirigirse á él, en la Cena, como que está allí presente, y poniéndose se él mismo en las manos del sacrificador despues de las palabras de la consagracion.» Por la misma razon defendian que admitiendo esta presencia real del cuerpo en el pan, no se podía desechar el sacrificio, y lo probaban con este ejemplo: «Era, decían, una costumbre antigua de todos los suplicantes, tomar en sus manos los hijos de aquellos, cuyos socorros imploraban, y presentarlos á sus padres, como para moverlos por su mediacion.» Del mismo modo, decían, teniendo á Jesucristo presente en el pan y en el vino de la Cena, nada se opone á que lo presentemos á su Padre, para que nos sea propicio; y en fin, concluían, «que mas fácil les sería á los monjes establecer su transustanciacion, que el combatirla, á los

<sup>1</sup> Vit. et Lips. theol. Orthod. Conf.; Heildelb. an. 1573; Hosp. an. 1561, 271.

«que rehusándola de palabra, aseguraban que el pan era el cuerpo esencial (es decir, el propio cuerpo) de Jesucristo.»  
XXXVI.— *Doctrina de Lutero variada, luego que murió, por los teólogos de*

*Vitemberg.*

Lutero fue el que dijo en Esmalcalda, e hizo suscribir á ello á todo el partido, que el pan era el verdadero cuerpo de Nuestro Señor, recibido igualmente por los santos que por los impíos. También había dicho él mismo, en su última confesion de fe, aprobada en todo el partido, que «el pan de la Eucaristía es el verdadero cuerpo natural de Nuestro Señor.» Melancton y toda la Sajonia habían adoptado esta doctrina con todos los demás, porque era necesario obedecer á Lutero: pero retrocedieron despues de su muerte, y reconocieron con nosotros que estas palabras, *el pan es el verdadero cuerpo*, llevan necesariamente consigo la conversion del pan en el cuerpo, porque no pudiendo el pan ser el cuerpo en naturaleza, tiene que llegar á serlo por la conversion: de este modo desaprobaron abiertamente la doctrina de su maestro. Pero todavía avanzan mas en esta declaracion, pues confiesan que admitiendo, como se había hecho hasta entonces entre los Luteranos, la presencia real en el pan, ya no se podia impedir ni el sacrificio que los Católicos ofrecen á Dios, ni la adoracion que dan á Jesucristo en la Eucaristía.

XXXVII.— *No se puede responder á la razones de estos teólogos;*

Sus pruebas son convincentes. Si se cree que Jesucristo está en el pan, si la fe se une á él en este estado, ¿puede darse esta fe sin adorarle? ¿No lleva consigo necesariamente esta fe una adoracion suprema, pues que lleva en pos de sí la invocacion de Jesucristo como Hijo de Dios, y como presente? La prueba del sacrificio no es menos concluyente. Porque, como dicen estos teólogos, si por las palabras sacramentales Jesucristo está presente en el pan, esta presencia de Jesucristo ¿no es por sí misma agradable al Padre, y pueden santificarse las súplicas que se le dirigen, con una ofrenda mas santa, que ofreciéndole al mismo Jesucristo allí presente? ¿Qué mas dicen los Católicos, y qué es su sacrificio, sino Jesucristo presente en el sacramento de la Eucaristía, y presentando él mismo á su Pa-

<sup>1</sup> Art. 6, Concord. p. 330; S. lib. IV, n. 33, Parv. Conf. S. n. 14.

dre la víctima por la cual ha sido aplacado? No hay, pues, medio alguno de evitar el sacrificio, como tampoco la adoracion y la transustanciacion, sin negar esta presencia real de Jesucristo en el pan.

XXXVIII.— *Los teólogos de Vitemberg vuelven á la opinion de Lutero; y por qué solamente los Católicos profesan una doctrina consecuente.*

Así es, que la iglesia de Vitemberg, la madre de la Reforma, y de donde salió en nuestros dias, segun Calvino, la luz del Evangelio, como salió en otro tiempo de Jerusalem, no pudo mantener los sentimientos de Lutero, que la había fundado. Todo se desmiente en la doctrina de este fundador de la Reforma: asienta invenciblemente el sentido literal y la presencia real, y rechaza las consecuencias que de ella se siguen necesariamente, y que defienden los Católicos. Si se admite con él la presencia real en el pan, es necesario admitir la misa toda entera, y la doctrina católica sin excepcion ninguna. Sentian esto mucho los nuevos reformadores, que no sabian para qué servia la tal Reforma, si era necesario aprobar estas cosas, y el culto de la Iglesia romana todo entero. Pero por otra parte, ¿hay una idea mas quimérica, que una presencia real del cuerpo y sangre del Señor, separada del pan y del vino? ¿No dijo Jesucristo: *Este es mi cuerpo*, mostrando el pan y el vino? ¿Dijo que debiamos recibir su cuerpo y su sangre separados de las cosas bajo las cuales le plugo encerrarlos? y si hemos de recibir su propia sustancia, ¿no es necesario que la recibamos del modo que ha declarado cuando instituyó este misterio? Á estas dificultades inevitables se sobreponia el deseo de abolir la misa; pero el medio que adoptó Melancton con los sajones era tan malo, que no pudo subsistir, y así los de Vitemberg y Leipsic lo abandonaron bien pronto, y quedó subsistente la opinion de Lutero, que colocaba al cuerpo en el pan.

XXXIX.— *Lutero mas furioso que nunca al fin de sus dias: su cólera contra los doctores de Lovaina.*

Al paso que este jefe de los reformadores se acercaba á su fin, se iba volviendo cada vez mas furioso. Una prueba de ello son sus conclusiones contra los doctores de Lovaina; y no creo que sus discipulos pudiesen ver sin avergonzarse, hasta en los últimos años de su vida, el asombroso extravío de su espíritu. Algunas veces quiere hacer de bufon, pero del modo mas bajo del mundo; llena todas sus

<sup>1</sup> Ep. Calv. p. 590.

proposiciones de estos miserables equívocos: *Vaccultas* en lugar de *facultas*; *cacolyca Ecclesia* en lugar de *catholica*, porque encuentra en estas dos palabras *vaccultas* y *cacolyca* una fria alusion á las vacas, á los malvados y á los lobos. Para mofarse de la costumbre de llamar á los doctores *nuestros maestros*, llama siempre á los de Lovaina, *nostrolli magistrolli*, *bruta magistrollia*, creyendo hacerles muy odiosos ó muy despreciables con estos ridículos diminutivos que inventa. Cuando quiere hablar con mas seriedad, llama á estos doctores *verdaderas bestias*, *marranos*, *epicúreos*, *paganos*, *ateos*, que no conocen mas penitencia que la de Judas y de Saul, que toman, no de la Escritura, sino de la doctrina de los hombres, todo lo que vomitan, añadiendo lo que no me atrevo á traducir, *quidquid ructant, vomunt, et cacant*. De este modo olvidaba todo pudor, y nada le importaba inmolarse él propio á la irrisión pública, á trueque de llevarlo todo hasta el extremo contra sus adversarios.

XL. — Sus últimos sentimientos para con los Zuinglianos.

No trataba mejor á los Zuinglianos, pues además de lo que habia dicho del Sacramento adorable, lo cual destruia totalmente la doctrina de aquellos sectarios, declaró seriamente que los tenia por herejes, y separados de la Iglesia de Dios<sup>1</sup>. Por aquel tiempo escribió la famosa carta, en que, sobre aquello de haberle llamado infeliz los Zuinglianos, «me han dado un placer, dice, porque yo, el mas infeliz de todos los hombres, me considero feliz en una sola cosa, y solo quiero esta felicidad del Salmista: Feliz el hombre que no entra en los consejos de los Sacramentarios, y que no ha caminado jamás por las sendas de los Zuinglianos, ni se ha sentado en la cátedra de los de Zurich.» Melancton y sus amigos estaban avergonzados con los excesos de su jefe. Se murmuraba sordamente en el partido, pero nadie se atrevia á levantar la voz. Si los Sacramentarios se quejaban á Melancton y á otros que les eran mas afectos, de los insultos de Lutero, les respondian «que en los discursos familiares templa mucho las expresiones de sus libros; y les consolaban con que «su maestro, cuando se acaloraba, decia mas de lo que queria decir<sup>2</sup>, lo cual era, decian ellos, un grande inconveniente,» pero que no se podia remediar.

<sup>1</sup> Cont. art. Lov. Thes. 28; Hosp. 199. — <sup>2</sup> Epist. Crucig. ad Vit. Theod.; Hosp. 194, 199, etc.

XLI. — Muerte de Lutero.

(1546). La carta que acabamos de ver es de 25 de enero de 1546. El 18 de febrero siguiente murió Lutero. Los Zuinglianos, que no podian menos de alabarle sin arruinar la Reforma cuyo autor habia sido, para consolarle de la enemiga implacable que hasta la muerte habia manifestado contra ellos, divulgaron algunas conversaciones que habia tenido con sus amigos, y en las cuales decian que se habia moderado mucho. Ninguna probabilidad tienen estas relaciones; pero esto de todos modos importa poco para el objeto de esta Obra. No escribo yo conversaciones particulares, sino solamente actos y obras públicas; y si Lutero dió estas nuevas señales de su inconstancia, á los Luteranos correspondieria en todo caso suministrarlos los medios de defenderle.

XLII. — Pieza nueva publicada por Mr. Burnet acerca de los sentimientos de Lutero.

Para no omitir nada de lo que yo sé acerca de este hecho, quiero manifestar que en la Historia de la Reforma en Inglaterra de Mr. Burnet, hay un escrito de Lutero á Bucero, con el título de *Papel concerniente á la reconciliacion con los Zuinglianos*. Esta pieza, viéndola, no en el extracto que de ella hace este diestro historiador en su Historia, sino como se halla en su coleccion de piezas<sup>1</sup>, dará á conocer las extravagancias de los novadores. Lutero principia con esta observacion: que no se debe decir que no se entienden unos á otros. Esto es lo que inculcaba siempre Bucero; que solo se disputaba sobre palabras, y que no se entendian: pero Lutero no podia sufrir esta ilusion. En segundo lugar propone un nuevo pensamiento para conciliar las dos opiniones. Es necesario, dice, que los doctores del sentido figurado «concedan que Jesucristo está verdaderamente presente, y nosotros concederemos que solo se come el pan: *Panem solum manducari*.» No dice, concederemos que hay verdaderamente pan y vino en el Sacramento, como ha traducido Mr. Burnet, porque esta no hubiera sido una opinion nueva, como la que promete Lutero en este Papel. Bien sabido es que la consustanciacion, que reconocia el pan y el vino en el Sacramento, habia sido recibida en el Luteranismo desde su origen. Pero lo que Lutero propone de nuevo, es que aun-

<sup>1</sup> T. II, lib. I, an. 1549, p. 159; Collec. des piéces, II part. I, n. 34.

que el cuerpo y la sangre están verdaderamente presentes, con todo, solo se come el pan, refinamiento tan absurdo, que Mr. Burnet no pudo encubrir su repugnancia sino suprimiéndolo. Por lo demás, no hay para qué cansarse en buscar sentido en este nuevo proyecto de composicion. Lutero, despues de haberlo propuesto como útil, se arrepintió al instante, y considerando que «de este modo se abriria la puerta á nuevas cuestiones, que propenderian á establecer el epicureismo: No, dijo, mas vale dejar estas dos opiniones como están, que entrar en esas nuevas explicaciones, las cuales tampoco harian mas que irritar al mundo, lejos de que se pueda hacerlas adoptar.» En fin, para apaciguar esta disension que él hubiera querido remediar, dice, con su cuerpo y con su sangre, declara por su parte, que está pronto á creer que sus adversarios obran de buena fe. Pide que se crea otro tanto de él, y concluye que se toleren unos á otros, sin declarar á qué se reduce esta tolerancia: de modo que al parecer solo entiende que de una y otra parte se abstengan de escribir y decirse injurias, como ya estaban convenidos, pero inútilmente desde la conferencia de Marpourg. Esto es todo lo que Bucero pudo conseguir en favor de los Zuinglianos. De todos modos, Lutero tornó bien pronto á su natural, y con el temor que tenia de que los Sacramentarios con sus equívocos quisiesen, despues de su muerte, agregarle á sus sentimientos, hizo contra ellos, hácia el fin de su vida, las declaraciones que hemos visto, dejando á sus discípulos tan animados contra ellos como lo habia estado él mismo.

(\*) La edicion de 1846 omite estos documentos en latin; pero como se hallan en la de 1740, me ha parecido que tambien yo debia insertarlos. En la edicion de 1740 falta la traduccion íntegra en francés de la Instruccion del Landgrave: por en la de 1846, y nosotros la ponemos á continuacion, aunque lo principal de su contenido se halla traducido al principio de este libro, núm. III, IV y V.

**PIEZAS**

**CONCERNIENTES AL SEGUNDO MATRIMONIO DEL LANDGRAVE,**

**DE QUE SE HABLA EN ESTE LIBRO VI (\*).**

**INSTRUCTIO**

*Quid doctor Martinus Bucer apud doctorem Martinum Lutherum, et Philippum Melanthonem sollicitare debeat, et si id ipsis rectum videbitur, postmodum apud Electorem Saxoniae.*

I. «Primo ipsis gratiam et fausta meo nomine denuntiet, et si corpore animoque adhuc bene valerent, quod id libenter intelligerem: Deinde incipiendo quod ab eo tempore quo me noster Dominus Deus infirmitate visitavit, varia apud me considerassem, et praesertim quod in me repererim quod ego ab aliquo tempore, quo uxorem duxi, in adulterio et fornicatione jacuerim. Quia vero ipsi et mei praedicantes saepe me adhortati sunt ut ad Sacramentum accederem: Ego autem apud me talem praefatam vitam deprehendi, nulla bona conscientia aliquot annis ad Sacramentum accedere potui. Nam quia talem vitam deserere nolo; qua bona conscientia possem ad mensam Domini accedere? Et sciebam per hoc non aliter quam ad iudicium Domini, et non ad christianam confessionem me perventurum. Ulterius legi in Paulo pluribus quam uno locis, quomodo nullus fornicator, nec adulter regnum Dei possidebit. Quia vero apud me deprehendi quod apud meam uxorem praesentem à fornicatione, ac luxuria, atque adulterio abstinere non possim, nisi ab hac

(\*) La edicion de 1846 omite estos documentos en latin; pero como se hallan en la de 1740, me ha parecido que tambien yo debia insertarlos. En la edicion de 1740 falta la traduccion íntegra en francés de la Instruccion del Landgrave: obra en la de 1846, y nosotros la ponemos á continuacion, aunque lo principal de su contenido se halla traducido al principio de este libro, núm. III, IV y V.